



### denis, mario y la bicha (relato hiperbreve)

“**A** las siete -había dicho Mario-. La Bicha viene en el Chevrolet. En el tercero, detrás de los yips. A las siete, Denis: sincroniza tu reloj”. A través del cristal, Denis mira los soldados apostados al final del puente, bajo los paraísos de la avenida Martín Prieto, en la curva del cuartel. Más allá estará Mario, esperando su llamada. “Un toque, Denis, bastará un toque al teléfono, justo cuando la Bicha esté al final del puente. Entonces soltaré los frenos”. Denis tiene un sabor metálico en la boca. En la mano izquierda sostiene su pequeño teléfono. Una y otra vez, compulsivamente, lee la pantalla: “Airtel. 18:50. Airtel. 18:51. Airtel. 18:52...”. A las 18:57 se advierte un ligero revuelo entre los soldados, que se mantienen firmes mientras miran disimuladamente hacia el otro lado del puente. A las siete en punto aparecen los coches. Como Mario dijo. Tres yips. Detrás, el Chevrolet de la Bicha. Denis, que ahora mantiene una extraña sangre fría, va marcando con seguridad en el teclado. Pulsa la agenda en el menú, dice yes, vuelve a decir yes, a recuperar nombre, pulsa M y aparece “Mario. 603456732”; repite que yes y se lleva el teléfono al oído. Durante unas décimas de segundo no puede oír nada; luego, desde el fondo artificial del pequeño aparato sale una voz femenina y distante:

“Lo sentimos, pero no puede efectuar esta llamada. Su crédito no es suficiente. Para recargar llame al...”

### venus (relato hiperbreve)

**E**n el mediodía sofocante se agradece la desnudez. Mis compañeros, vestidos con solemnes trajes de paño oscuro permanecen, sin embargo, imperturbables, mirando pálidamente a los visitantes desde sus austeros rostros. Sólo yo, que los conozco bien, puedo advertir alrededor de sus ojos y en la comisura de sus labios un matiz enrojecido por el disgusto. Cuando llega la noche ellos se arrebujan en sus ropajes, mientras a mí el frío mineral de las salas de mármol no me deja descansar; por eso, en las horas quietas de la tarde, el ruido amortiguado de cientos de pisadas y el rumor sordo de las conversaciones en voz baja adormecen mis sentidos, y tengo que buscar la mirada ruborizada de los adolescentes, imantados por las curvas impúdicas de mis caderas, para no dormirme. Sus ojos resbalan por mi espalda, escudriñan la atmósfera dorada que les devuelve el espejo y, a veces, entre miradas cómplices, llega hasta mí un nombre, apenas susurrado: Venus...

A Felipe, tenso, hierático, un muchacho le ha pegado un chicle irreverente en el marco dorado.

*J. M<sup>a</sup> Juárez*

### elogio de la fotografía

**D**e fábula sin moraleja, quizá sea la fotografía ejemplo único y misterioso; fábula de dulces alas para la verdad y sus sombras. Como adolescente inquieto y “malasiento” llegué a la fotografía dispuesto para la maravilla y el artificio, fascinado por la alquimia de los nuevos olores, los sonidos húmedos de la discreta clandestinidad de lo oscuro. Más tarde no tardé en desmontar la caja de los encantamientos para intentar comprender la majestad y el milagro de conejos y palomas. Más aún, no tardé en emprenderla a cazar realidades



y sucesos, gente y espacios con artefactos y brujerías. Pero todo es poco para la máquina y para los ojos. La cámara ansía y devora con mirada pagana e incombustible. Los ojos, mientras tanto, consumen y se alimentan.

En un arroyo de Denacón las miradas compactas se detienen autoposeyéndose como madrastras de sublime belleza. A veces amansan las aguas para contemplarse con mayor nitidez. Nadie escapa, el espejo es nuestra manzana envenenada, nuestro fantasma sobre las aguas tersas de la caverna. Por la fotografía, como Narciso enamorado, se esperan vísperas de belleza eterna, juventud, tesoro y divino azul. Ella fija, constata, atestigüa, documenta, certifica, asegura, confirma, identifica... Eres tú; esto eres tú; esto has sido tú, suspiro barthiano de la pérdida, del tiempo detenido, de la vida muerta en el espacio y el tiempo; lo que fue y nunca ya será, ¿la muerte?

Creo que por eso amamos las fotos, y que por eso las amamos a veces más que a las personas o a las cosas. Ellas siempre están, engañando lo justo y respondiendo previsiblemente. Es cierto, yo amo a la fotografía. Como amo los ojos del amado y su contacto, porque me afano en su imagen y su recuerdo, en la bidimensionalidad de su mentira y su silencio. La fotografía me da aquello que quiero ver y poseer; selecciona la belleza según yo la creo, modifica el espacio y el gesto según yo lo quiero, escoge el momento y detiene el tiempo eternizándolo, según yo lo necesito: ¿la muerte? Otra vez la muerte. No, no estoy seguro de que sea la muerte. Paradójicamente creo que es lo contrario: la fotografía es la maga de la vida, una suplente privilegiada de la realidad, una dama de luz que nos confunde y altera, quien, lejos ya del certificado, nos mantiene en el engaño y en la locura crédula de la ficción. Entonces, la fotografía confunde, cambia, interpreta, exalta, reflexiona, crea, finge, cuestiona, representa, comunica, dice, habla...; pero no habla entonces sólo de espejos, ni de reflejos, ni de arroyos, ni de sombras, ni siluetas, sino también del existencial instante en que la vida que domino, dirijo y creo se aferra irreductiblemente a la alquímica emulsión y se eterniza; habla de magia y paradojas; habla de fábulas de las que no aprendemos, ni sacamos beneficio.

Como el poeta, el fotógrafo no afirma realidades específicas, sino que reinventa y se recrea. No leemos un poema para saber cómo el poeta describe un atardecer o sufrió un desamor, sino que lo hacemos para entender las emociones y para reconocerlas en nosotros. En una fotografía sería necesidad disfrutar de ella tan sólo contemplando cómo es el paisaje que representa, qué rasgos tiene una persona o qué objetos reconocemos -para qué quiero el mar si tengo tu mirada-, y al igual que en la poesía, tendríamos que introducirnos en la búsqueda de lo emocional-personal en cada imagen, o en esas impresiones focalizadas del evento universal aris-totélico, que nos permita una poética cercana a nuestra propia subjetividad.

Si al observar una fotografía nos transportamos a mundos y experiencias, o trascendemos del mero referente y escuchamos las voces de la plástica y sus reglas, eso es que tenemos una amplia y pulida cultura visual que nos proporciona cualidades y recursos para entender la imagen; pero si, ante una bella fotografía, sólo vemos algunas realidades ilusionadas o aquello a lo que realmente se hace referencia, eso es que hemos leído poca poesía.

Puedo rescatar algunas de aquellas fotos que siempre me han traído incertidumbre y admiración. Pero si de alguna pudiera hablar, sería de aquella primera fotografía realizada por un Niepce sosegado, de frutas y frutero sobre una mesa con mantel, ajeno al descubrimiento y al peso de la historia; el instante debió de ser dulce y luminoso. Lejos del experimento, aquellas manzanas son ahora la revelación de lo eterno, la declaración de la primera huella de inmortalidad. Otra fotografía principal es aquella que nunca terminas de realizar, la que siempre espera el momento, el instante que se evapora y desintegra; la fotografía que te hace famoso, la que te nombra, la que te enorgullece y con la que disfrutas. De alguna forma esa fotografía te mantiene unido a lo real para siempre en una especie de contigüidad física que se te apodera y te domina.

Entre ellas está el mundo fotografiado. Hoy lo hemos fotografiado todo. Consumimos nuestra propia imagen. Somos, conocemos, sabemos por la fotografía. Ella es. Nosotros habremos sido. ¿La muerte? ¿La magia? ¿Tus ojos? Puedo soportar la verdad, pero necesito mirarme en ti a cada instante.

*Fco. José Sánchez Montalbán*